

neral, lo cual da una mayor unidad al conjunto. El diálogo sigue, como acabamos de ver, en el epílogo. Otro aspecto relevante es la riqueza de perspectivas que los autores ofrecen, por el hecho de provenir de diferentes ámbitos, que van desde el mundo académico al ámbito profesional, por ejemplo, empresarios, abogados y psicólogos; y por el hecho de no tener miedo a expresar pareceres, a veces con un sano espíritu crítico, que ayudan a uno de los objetivos de toda la obra: invitar al lector a confrontarse con tantas provocaciones y sugerencias ofrecidas por el papa Francisco a lo largo de su poliédrica encíclica *Fratelli tutti*.

Fernando Pascual, L.C.

ALBERTO RUIZ GONZÁLEZ, *El beato Mario Borzaga y los mártires de Laos*, Encuentro, Madrid 2023, 187 pp.

Como parte de una colección dedicada a los mártires del siglo XX, la editorial Encuentro acogió este volumen escrito por un oblato de María Inmaculada, el padre Alberto Ruiz González, sobre el martirio de varios oblatos (y otros sacerdotes y laicos) en Laos, entre los que destaca el relato sobre Mario Borzaga.

La obra no se limita a una narración de los hechos o a una presentación de encomio sobre los mártires beatificados por el papa Francisco en su viaje a Laos en diciembre de 2016, sino que ofrece dos secciones o capítulos introductorios, uno sobre la situación e historia de Laos, y otro sobre aspectos del carisma de los oblatos de María Inmaculada.

La sección III entra de lleno en la vida y la espiritualidad del padre Mario Borzaga, mártir con apenas 27 años. Nacido en Trento, y tras una primera experiencia en el seminario diocesano, entra con los oblatos y, apenas ordenado, viaja a tierras lejanas, donde se hablan idiomas difíciles, y donde se desencadenan conflictos cada vez más amenazadores. El P. Mario escribe un diario, que luego se publicaría como *Diario de un hombre feliz* (aunque él había llamado a sus cuadernos *Diario de un cura de campo*, p. 92) donde aparecen no solo sus momentos de entusiasmo o sus aventuras como misionero, sino también sus luchas interiores, su combate contra defectos que no consigue extirpar. Por ejemplo, ve como un límite para la santificación el verse incapaz de dejar el tabaco (pp. 97-98), como si ello implicase una falta a la vida religiosa.

El *Diario*, iniciado a su llegada a Laos en 1957 (o quizá el año anterior), nos permite entrar en su corazón, con una sinceridad que sorprende. Reconoce sus dificultades con el idioma, lo cual genera dudas sobre el sentido de su trabajo. Al cumplir 26 años (1958), escribe: «Mi cruz soy yo: me santiguo. Mi cruz es el lenguaje que no puedo aprender. Mi cruz es mi timidez que me impide decir una palabra a un laosiano. Mi cruz es detestar sordamente a los que debería amar: los laosianos; pero por ellos tendré que dar toda mi vida. Me he aislado como un perro furioso [...] Adiós sueños de gloria, de mi gloria íntima y desconocida de todos: ha comenzado la paradoja de mi miseria, que acepto y miro a ratos con escepticismo, a ratos con Fe» (p. 81). A pesar del análisis que podría parecer

pesimista, las palabras finales son un acto de confianza y amor: «¡Jesús mío Te amo!» (p. 81, palabras escritas en mayúscula).

En 1959, cuando cumple dos años de ordenación, narra su consternación ante una niña que lloraba por sus quemaduras, sin saber si podrían salvarla. No puede estudiar. Lee una historia de la Iglesia para serenarse. En su corazón siente que Jesús le dice: «¡No tengas miedo, soy yo!» (pp. 83-84). Otro día de ese mismo año, se siente abandonado por Jesús, tiene miedo a sucumbir a sus pasiones, se siente profundamente perezoso, como si fuera un hombre acabado (p. 91).

Puede parecer extraño encontrarse ante tanta sencillez y franqueza al expresarse sobre sí mismo. Unas páginas reflejan sus sentimientos de fracaso. En otras brilla su amor hacia la gente por la que trabaja: «Pueblo de Kiucatian, en el que aprendí a sufrir y amar, te amo» (p. 94).

El *Diario* recogen la percepción de los peligros con el avance de la guerrilla comunista y los combates, en ocasiones muy cerca de donde están los misioneros. A veces hay que huir precipitadamente, con o sin miedo. El 25 de abril de 1960, con Shiong, un joven catequista, sale hacia un poblado para una misión y nunca volverán a ser vistos: la hora del testimonio había llegado.

La sección IV habla de la «comunidad martirial», y dirige la mirada a otros mártires, oblatos y diocesanos, sacerdotes y laicos, que en años y momentos diversos dieron su vida por la fe en Laos y fueron beatificados por el Papa Francisco en la visita antes mencionada. Sobre cada uno de ellos Ruiz González ofrece un cuadro esencial y

bien elaborado: nacimiento y vocación, trabajo misionero, personalidad, martirio.

Como un *Post scriptum*, la última sección recoge tres páginas intensas del P. Mario Borzaga, con el título «Meditaciones matutinas y del amanecer», en las que nuevamente se desvela la tensión continua en el alma de aquel joven sacerdote, que mira de frente a sus límites, pero que confía y se pone en manos de Dios: «En mi vida no quiero creer en nada excepto en el Amor de Jesús y el Amor de María. Estaré abandonado y triste, seré mediocre y pecador, pero creeré en el Amor» (p. 177).

Al final se ofrece un elenco de los mártires y la bibliografía usada para el volumen. Se agradecen obras como esta, porque nos acercan a mártires de nuestro tiempo, con sus luchas, sus defectos, sus esperanzas, y su inmensa apertura a la gracia de Dios que es ofrecida a todos, sea cual sea la historia de cada uno, en las circunstancias en las que nos toque vivir.

Fernando Pascual, L.C.

FABIO ROSINI, *El arte del buen combate. La libertad interior y los ocho pensamientos malignos*, traducción de Lázaro Sanz Velázquez del original italiano *L'arte della buona battaglia. La libertà interiore e gli otto pensieri maligni secondo Evagrio Pontico*, Cristiandad, Madrid 2023, 389 pp.

Los cristianos de los primeros siglos ofrecieron, como ayuda para la vida espiritual, un sinfín de reflexiones y consejos que sorprenden por su profundo conocimiento del corazón